

Mariano Narodowski

UN

MUNDO

SIN

ADULTOS

Familia, escuela y medios
frente a la desaparición
de la autoridad de los mayores

DEBATE

Mariano Narodowski

Un mundo sin adultos

Familia, escuela y medios frente a la desaparición de la autoridad de los mayores

Debate

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mis chicos más chicos,
Zoe Taís
y
Gael Benjamín*

Agradecimientos

Hacia junio de 1993 defendía mi tesis doctoral titulada *In-fância e poder: a conformação da pedagogia moderna*¹ en la Universidad Estatal de Campinas (Brasil) mucho antes de que existieran los *rankings* universitarios, cuando aún nadie presumía que esa pequeña universidad del interior del estado de San Pablo era la mejor posicionada de América Latina.

La investigación doctoral efectuaba un rastreo por algunos autores y textos clásicos de la pedagogía moderna (la *Ratio Studiorum* de los jesuitas, Jan Amos Comenius, Jean-Baptiste de La Salle, Jean-Jacques Rousseau, Joseph Lancaster, entre muchos otros), intentando comprender cómo se había conformado el núcleo duro del paradigma transdiscursivo de la pedagogía moderna y cuál era el funcionamiento de sus dispositivos discursivos.²

La tesis demoró un poco en ser reescrita y traducida al castellano para ser publicada como libro por primera vez en 1994. Tuvo varias ediciones y reimpressiones en castellano y en portugués.³

En ese trabajo de investigación histórica solo los últimos tres párrafos del libro no estaban dedicados al pasado, sino al presente y al futuro de la escuela y de la pedagogía. El texto reconocía, muy al pasar, el deterioro de la escuela y la

educación y el advenimiento de nuevas infancias. Sobre esa escritura —pienso hoy— sobrevolaba la visión de Jean Baudrillard cuando planteaba que solo se nos permite escudriñar, e incluso develar, los poderes que nos condicionan una vez que ellos han dejado de ser eficaces. En otras palabras, solo a partir del deterioro de la escolarización y del virtual fin de las infancias se pueden historizar los poderes que configuran y operan sobre la escuela; únicamente en ese panorama se puede escribir algo así como *Infancia y poder*.⁴

En esos tres párrafos finales me decidía, sin humildad intelectual alguna, sobre el futuro de la escolarización. Mi apuesta fue “argucia táctica” o “final”; es decir, los sistemas escolares se encaminarían hacia un astuto reacomodamiento de los dispositivos para volver con más fuerza y así reinstaurar el imperio de lo escolar o (como el texto sugería con más fuerza, aunque sin definirse) el futuro tiende hacia el final de las escuelas y de los sistemas de disciplinamiento basados en la escolarización de la infancia.

Durante estas dos décadas transcurridas desde aquella investigación nunca quedé del todo conforme ni con los párrafos ni con la apuesta. Y durante años me dediqué a investigar sobre la cuestión y generar muchos textos que fueron la base previa para este libro y que están aquí citados, discutidos, corregidos y aumentados.

En este nuevo libro finalmente me dispuse a saldar la cuestión y por lo tanto a reconocer mi error en aquella apuesta, no porque haya cambiado de idea respecto del fin de la escolarización (al contrario, creo que es difícil conjeturar una idea de signo opuesto), sino porque son tantos los

reparos y los matices que el enfoque debió ser revisado por entero, con mucho cuidado y más humildad intelectual. Y así lo hice, especialmente en el capítulo 5, dedicado a la ilusión de una escuela sin adultos.

Sin embargo, para poder llegar a ello, tuve que andar primero otros senderos teóricos y experienciales. Y después debí analizar las consecuencias de lo planteado. Todo eso representa este intento que comenzó al día siguiente de aquella defensa de tesis, pero ha tenido como escenario de escritura los últimos cinco años.

En ese andar de tanto tiempo y tantos avatares debo agradecer a varias personas que me han acompañado en todos estos años, demostrando que las emociones personales y las identidades que se construyen con el andar de la vida son más eficaces que las racionalidades basadas en el autointerés que la modernidad nos quiere imponer como criterio central de la acción humana.

A Lies Wesseling y los colegas del grupo PLACIM (*Platform for a Cultural History of Children's Media*) por generar un espacio de intercambio tan interesante. A Mirian Warde, Claudia Panizzolo y los colegas del GEPICH (*Grupo de Estudos e Pesquisas: Infância, Cultura e História*). A Ximena Herrera, Norberto Dallabrida, Carlos Torrendell, Tamara Vinacur, Graciela Gachy Cappelletti, Cristina Carriego, Silvina Alegre, Alejandra Scialabba y José María del Corral. Al gran Alfredo Veiga Neto y a mi colega y hermano colombiano Alberto Martínez Boom.

Un agradecimiento muy especial a mis queridos Mauro Moschetti, Verónica Gottau y demás integrantes del seminario de los martes a la tarde: Eugenia Gaozza, Miguel Ri-

vas, Andrea García Otero, Daniela Miño, Sebastián Vázquez, Verónica Cohen Sabban, Patricia Doria Medina, Jorge Mostajo, Damián Melcer, María Romano y especialmente a Carolina Snaider, quien revisó algunos manuscritos de este libro. A los colegas de la Universidad Torcuato Di Tella por el ambiente de libertad académica que allí respiramos, lo que no es poco en la Argentina actual. A Luciana Vázquez, quien me estimuló y ayudó para esta publicación. A Gerardo Correa y Gabriel Mateos, infinitas gracias por tanta información sobre mecánica hidráulica.

A mis amigos de la vida: Fabián Waldman, Thedy Adjemian y a Ricardo Baquero, con quien compartimos extensos garabatos sobre la existencia de la infancia. A Patricio Narodowski. A mi vieja, Sofía Apel de Narodowski.

A mis hijos mayores, Nicolás y Micaela, por el amor y por ayudarme prefigurativamente a no convertirme en un papá descartable.

A Luciana López, por tanto apoyo y tanto amor.

1 Mariano Narodowski, *Infância e poder: a conformação da pedagogia moderna*, tesis de doctorado, Universidad Estatal de Campinas, Facultad de Educación, Campinas, 1993.

2 Por eso el verdadero título de la investigación era: *Infância e saber: a conformação da pedagogia moderna*, pero los integrantes de la banca del examen de calificación (mis queridos maestros José Sigríst, Regis de Moraes y Dermeval Saviani) me indicaron con razón cambiarlo porque iba a quedar más claro, según ellos, el marco teórico foucaultiano que se utilizaba en la investigación.

3 Mariano Narodowski, *Infancia y poder. La conformación de la pedagogía moderna*, Buenos Aires, Aique, 1994. Véase también *Infância e poder: a confor-*

mação da pedagogia moderna, San Pablo, Editora da Universidade São Francisco, 2001.

⁴ Jean Baudrillard, *Oublier Foucault*, París, Galilée, 2004.

1. El presentimiento del fin de la infancia

LO QUE LAS PANTALLAS HICIERON DE LA INFANCIA

En 1982, el sociólogo norteamericano Neil Postman publica un libro fundamental: *The disappearance of childhood* (*La desaparición de la infancia*). En el contexto de un muy interesante debate académico encabezado por Marshall McLuhan y sus discípulos, Postman irrumpe con un libro que contiene una hipótesis a la vez provocativa e inédita para el momento en que fue formulada: el autor explica que el avance y la difusión generalizados de la televisión como tecnología privilegiada para la transmisión de conocimientos y pautas culturales habrá de generar una creciente equivalencia y similitud, y la consecuente supresión de las fronteras simbólicas, materiales o legales entre personas de diferentes edades. En la medida en que el mensaje televisivo está configurado en virtud de su propia lógica, lo relevante es la capacidad de decodificación de lo que transmite la TV, de manera tal que en ese escenario poco habrá de importar el desarrollo madurativo de los receptores que asisten a las pantallas una vez que sepan desentrañarlas.

De este modo, la tecnología que constituye la mayor predominancia cultural —la televisión, principal medio de comunicación en la Norteamérica de Postman a comienzos de la década de 1980— habrá de borrar los límites establecidos entre niños, adolescentes y adultos, lo que conducirá a la subsecuente desaparición de la infancia por efecto de equiparación, una suerte de dilución basada en la equivalencia de lo que antes era radicalmente diferente.

Esta posición de equivalentes entre grandes y chicos frente a las pantallas es lo que permite arrasar con los secretos y misterios mejor guardados por parte del viejo mundo adulto: todos (grandes y chicos, adolescentes y ancianos) pueden ver en TV y saber por medio de esta tecnología exactamente lo mismo. Postman advierte que sin secretos no existe más eso llamado *infancia*.⁵

La influencia que este libro ha ganado en diferentes medios (tanto académicos como periodísticos y políticos) fue extraordinariamente notable. Solo para acercar unos indicios de este impacto, Google Scholar (la herramienta de Google que busca y clasifica textos y referencias de textos académicos) detecta en marzo de 2011 a razón de 1116 artículos y libros en diferentes idiomas que citan la versión en inglés. De ellos, el 50% son posteriores a 2003. En noviembre de 2014, las citas ya llegan a 1877, lo que significa un crecimiento de las referencias del 68% en apenas tres años y medio. Es decir, la mayor cantidad de referencias se agrupa en los últimos once años de un libro que ya lleva casi treinta desde su primera edición.⁶

Este fenómeno no solo muestra la enorme fecundidad del pensamiento de Postman y cómo su presentimiento ha

sido corroborado y desarrollado, sino que además manifiesta el hecho de que la obra es redescubierta o releída cotidianamente e indica la preocupación y muchas veces la desorientación por un fenómeno que ocupa un lugar cada vez más importante en los debates sociológicos contemporáneos: los cambios en el estatus de la infancia moderna y las predicciones respecto de su probable extinción.

En la vida cotidiana de familias, escuelas y barrios, en los consultorios de pediatras, psicólogos infantiles y psicopedagogos, en los seminarios académicos y por supuesto en los medios de comunicación es frecuente escuchar en estas épocas frases como “Los chicos saben más que los adultos” o “Los alumnos superan a los maestros en algunos dominios del conocimiento” o incluso “Los padres ya no saben cómo educar a sus hijos”. La alarma que produce este escenario suena sin cesar y las respuestas son variadas, posiblemente por tratarse de un fenómeno de vigencia reciente. Mientras que en las décadas de 1950 y 1960 la preocupación de psicólogos y educadores era liberar las ataduras que constreñían a hijos y alumnos, hoy la escena mediática está muchas veces ocupada —a la inversa— por quienes reclaman una vuelta a las tradiciones más conservadoras en la crianza como modo de restaurar el mundo perdido de la autoridad adulta.

En lo que respecta a la crianza de los niños, los libros más vendidos en los inicios de 2000 ya no son los que apelan a la emancipación infantil y claman por su autonomía respecto de adultos que cercenan su creatividad. Ya nadie vende libros con títulos provocativamente revolucionarios como *Liberemos a los niños*⁷ ni tampoco los *best sellers*

apelan a descolonizar la infancia.⁸ Por el contrario, la desorientación adulta es redirigida a modos más o menos féreos de conducción de la infancia, incorporando a las débiles y permisivas pautas occidentales de civilidad. Por ejemplo, supuestas antiguas tradiciones orientales que corregirán la actual perturbación y la sustituirán por la disciplina, el rigor y la austeridad de los chinos.⁹ O pediatras tan lúcidos como desconcertados se preguntan para qué las familias deciden tener hijos si su conducta posterior no es convergente con la decisión inicial¹⁰ y los autores más lúcidos claman por padres que puedan “hacerse cargo” de ser padres.¹¹

Por eso el estatus actual de la infancia y de la adolescencia pasa a constituir una fuente de análisis solo después de que nos sobreponemos a la sorpresa respecto de la magnitud de los cambios entre la infancia del pasado y la situación de la infancia y la adolescencia en la época contemporánea. Y estas enormes mutaciones pueden ser advertidas en todos los planos de la vida social.

DESARMAR LA VIEJA IDENTIDAD INFANTIL

El plano de la tecnología de pantallas y sus usos diversos se ha convertido en un territorio en el que ya nadie duda respecto del gobierno soberano de los más jóvenes, hasta el punto de que uno de los gurúes de las nuevas tecnologías ha designado a niños y jóvenes como “nativos digitales”, mientras que los adultos son apenas inmigrantes que balbucean tentativamente aquello que los más jóvenes manejan con absoluta soltura.¹² La distinción entre nativos digitales y migrantes tiene enormes problemas teóricos para ser sostenible en el tiempo, como veremos luego. Sin embargo, la enorme difusión que logró el concepto en algunos ámbitos académicos y comunicacionales contribuyó a reforzar considerablemente la idea de que las computadoras son un territorio infantojuvenil. La película *The Social Network (Red social)* —una biografía no autorizada de Mark Zuckerberg, el creador y propietario de Facebook— lo demuestra con claridad en las escenas en las que se observan los litigios judiciales donde pasan de manos millones de dólares y en las que adustos y severos abogados corporativos observan impávidos cómo jovencitos aniñados, caprichosos, mal peinados y sin corbata resultan los millonarios ideólogos de un nuevo tiempo en el que ser joven y operar con computadoras se ha convertido en una virtud socialmente aceptada.¹³

El plano jurídico se ha transformado asimismo en muchos países y foros jurídicos internacionales en un espacio de pugna ideológica, psicológica y —obviamente— jurisprudencial respecto de la edad límite de la imputabilidad penal y, por el lado contrario, de las consecuencias en diferentes dimensiones de la caracterización de niños y adolescentes como “sujetos de pleno derecho”. La edad de imputabilidad penal de los niños y adolescentes —es decir la edad a partir de la cual se supone que un sujeto puede representarse a sí mismo en las consecuencias futuras de sus actos presentes— es fuente de controversias leguleyas y mediáticas, pero el resultado es casi siempre el mismo: los países estipulan para su legislación penal bajas en la edad límite para la imputación de delitos a los menores de edad, diluyendo crecientemente las fronteras legales entre grandes y chicos.¹⁴ Como veremos más adelante, este cambio ha generado una ola de nostalgia no ya en el campo del derecho penal, sino en la vida cotidiana: muchas veces dominada por defensores de la vuelta de la “mano dura” en la crianza de los niños, quienes pretenden de modo melancólico recrear la rigidez, la dureza y hasta el castigo físico de los padres a los hijos y que debaten con los nostálgicos progresistas (sus eternos antagonistas), quienes persisten en postular la liberalización de los niños y protegerlos —paradójicamente— de legislaciones que quieren considerarlos adultos cuando cometen delitos de adultos.

En el plano del marketing y la comercialización ya no parece haber límites a las indagaciones respecto de la centralidad de los niños y adolescentes como consumidores. Diferentes estudios han mostrado una suerte de “mercantili-